

El nacionalacatolicismo continúa presente

Andreu García Ribera

Fotos: **Rafael Verdú**

En esta ocasión Rafael Verdú trae con su ojo panóptico, a las páginas de “El Otro País”, la cuidada escenografía típica de la Semana Santa, en la que cristos yacentes son acompañados por un sinnúmero de cargos públicos de un estado supuestamente aconfesional. Todos los años en las mismas fechas se repite el rito martiriológico de la secta católica, en la que un padre envía a su hijo a Oriente Medio para que le inflijan mil perrerías y finalmente lo crucifiquen, y mediante este sacrificio de clavos y espinas, redima a la Humanidad de un pecado original que cometieron un hombre y una mujer que tentados por una serpiente se comieron una manzana en un antiguo paraíso.



No critico la absurdidad de esta superstición bimilenaria. Quien quiera creer en un ser extraterrestre, que en estado de aburrimiento creó al género humano varón a su imagen y semejanza,- no así el género humano femenino que deriva de una costilla del hombre- para después en siete días configurar el universo y que más tarde este creador omnisciente y

omnipotente se cabreó por la pérfida desobediencia en el asunto de la manzana y para remediar el desaguisado de la pérdida del paraíso terminó la vida humana de su hijo- que es él mismo desdoblado y en concurso real de identidad con una paloma-en la terrorífica jornada del Gólgota, para más tarde resucitar al tercer día y subir a los cielos, venciendo así a la muerte y anunciando una vida eterna.

Digo, que quien participe de este discurso tiene todo el derecho de hacerlo y expresarse de conformidad con estos postulados. Lo que no puede admitirse es que en un estado teóricamente aconfesional, miles de cargos públicos, de militares, policías y guardia civiles desfilen devotamente al servicio del ideario de la Iglesia católica. Si quieren hacerlo que lo hagan como ciudadanos particulares, no en el ejercicio de sus funciones públicas, con cargo al erario público y alineando a las instituciones que representan con los dogmas de la fe católica.

Debe rechazarse de plano que los poderes públicos estén sometidos al imperialismo moral de la Iglesia católica, que es precisamente lo que refleja la trinidad icónica con la que Rafael Verdú nos ilustra este número: Una primera foto de Cristo yacente, escoltado por cofrades y guardias civiles, una segunda en la que un recogido ramillete de presbíteros abren procesión seguidos por teniente de la Guardia Civil y políticos de variado sesgo con sagrada vara de mando y una tercera fotografía en la que curas, concejales y oficial de la Guardia Civil marchan en orden cerrado de formación “ad maiorem gloriam dei”.

Estas fotos ilustran la España de charanga y pandereta, de cerrado y sacristía, devota de Frascuelo y María, que Antonio Machado repudiara.

IMPERIALISMO MORAL

El imperialismo moral de los apostólicos y romanos es una constante en la historia de estas tierras celtibéricas. Ya la glorificada Constitución de 1812 marcó a hierro el principio de la confesionalidad católica: “La religión de la nación española es y será perpetuamente la Católica, Apostólica y Romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra”.

Supongo que la prohibición de la manifestación atea en Madrid el llamado Jueves Santo fue una emanación de estas leyes sabias y justas. La libertad de conciencia y de expresión una vez más fueron sacrificadas en el altar de la fe católica, con la cooperación necesaria de las autoridades de un Estado que se supone sin religión oficial. Ya dijeron los obispos en la Carta Pastoral que firmaron en 1931 contra el proyecto constituyente de la Segunda República, que el laicismo del Estado es un “crimen social y peste mortífera”. Y por si fuera poco “un pecado de ingratitud por todo lo que el Señor ha hecho por los pueblos al sacarlos de la barbarie, ya que por medio de la Iglesia les dio una civilización que les hizo grandes y envidiables”.

